



LOS PRINCIPES *DE ITALIA*,

DON ENRIQUE, Y DON ESTEFANO.

PRIMERA PARTE.

DEseosos de ver Mundo,
de las Provincias de Italia
dos Principes se salieron
à ver los Reynos de España,
primos hermanos los dos,
uno Don Enrique llaman,
y al otro Don Estefano,
los apellidos de Lara.
Anduvieron por Ciudades,
hasta llegar à la Mapa
de Sevilla, donde toman
por dos meses la posada.
Sucediò estando los dos
una muy fresca mañana
en su quarto entretenidos;
quando tocaron dos Damas
con un delicado golpe
à la puerta. Se levanta
Don Enrique cuydadoso.
Hizo seña una tapada,
diciendole: Cavallero,
la brevedad se os encarga,
gozad las dulces delicias,
que el amor asi lo manda,
en el zaguan os espero,
entrególe à su compaña.
Confuso està Don Enrique
sin saber lo que le pasa.
Corriò el transparente velo,
y vido un divino mapa,
vido un hermoso compendio
de perfecciones gallardas,
un dulce hechizo mirò,
dulce encanto en que se encanta.

De-

Decia: Señora mia,
què es el motivo, y la causa
de estos dichosos favores?
Y le responde turbada:
Si el favor solicitais,
quedemos solos, y basta
deciros, que os contarè
esta accion determinada.
Salióse Don Estefano,
y entre timida, y turbada
le echò los brazos al cuello,
toda en lagrimas bañada.
No seas tibio, Señor,
porque la hora es llegada
de lo cruel de mi signo.
Gozò la rosa tempràna,
gozò la blanca azuzena:
la que en ira transformada
era serpiente rabiosa,
era vivora pisada:
maldecia su fortuna,
y su estrella que fue ayrada.
Despidióse de improviso,
y Don Enrique le daba
por fineza un gran Toyson
con su cadena dorada.
Enlazósela en el cuello,
y le dixo, que de Italia
era, y que asi le mandase,
que prometia ampararla.
Digo, qne los Cavalleros
se partieron à otras Patrias,
y del referido lance
la Dama quedò preñada,
y pariò un hermoso niño,
del Padre una viva estampa.
Se fue criando el Infante
por medio de una criada,
dandole siempre à la madre
la nombradia de hermana.
Llegò à tener quince Abriles
con la debida enseñanza
de armas, y letras, que son
las dos principales causas.
Su espiritu volativo
à ver mundo le inclinaba,
y un dia dixo à su madre:
Es cierto querida hermana,
que no haya yo merecido,
ni por suplicas, ni instancias
saber el que fue mi Padre?
Usted dice, que en Italia
asiste, y asi pretendo
el hacer esta jornada,
y por fin se determina
à dexar su amada Patria.
Despidióse con alhagos
de su muy querida hermana,
y con cariño le puso
la cadena, que colgada
traia en su mismo pecho,
diciendole estas palabras:
Busca al dueño de esta prenda,
tendrà buen fin tu esperanza,
y aunque padezcas trabajos,
nunca de ella te deshagas.
En habitos de Estudiante
ázia Roma caminaba:
baxò à Viterbo, y alli
quiso el Cielo, que parara,
porque la grande pobreza
del transito fue la causa.
Desnudo, triste, afligido,
solo, y en agena patria,
se hallaba con mil fatigas,
rindiendole al Cielo gracias.
A las puertas de un Palacio
nuestro Don Francisco estaba
divirtiendose la vista
en ver embarcar dos Damas

en

en un carrozin dorado,
hermosas como adornadas,
y á la Española costumbre
el sombrero les quitaba.
Mandaron parar el coche,
hizole seña una Dama
de las dos, y acudiò pronto
à ver lo que le mandaban.
Le dicen: de què Pais
de las Provincias de España
soys hijo? Nacì en Sevilla.
Y dime, cómo te llamas?
Francisco al servicio vuestro.
Pues mira por la mañana
vete al patio de Palacio,
y me leerás unas cartas
en idioma Español,
y advierte, que no haya falta.
Jóven, guardente los Cielos,
y cumplan mis esperanzas.
Ahora es preciso advertir,
como estas dos bellas Damas
son hijas de los dos Primos,
y la prima enamorada
de su primo Don Francisco,
en vivo incendio se abrasa.
Herida del Dios vendado,
y mariposa abrasada,
determinóse, y tomó
la pluma, y así notaba:
O, Caballero Español,
instrumento de mis ansias,
atractivo de mi vida,
dueño querido del alma!
Como amante te suplico,
y te ruego como esclava,
si gustas, que no padezca,
dexa, que goze las claras
luces de tus bellos ojos,
que es norte donde descansa
el numero de mis penas,
de mi furor la templanza.
Con el portador te embio
esos cien doblones, para
que os vistais decentemente
al presente con dos galas.
Y si merezco la dicha
de gozar prenda tan alta,
os darè, Señor, un medio,
con que se vean logradas
en los lazos de Hymenéo
nuestras firmes esperanzas.
Mi Padre, el Principe tiene
de su Palacio à la espalda,
como un tiro de pistola,
una Hermita derribada,
vos se la podeis pedir,
y en ella hacer habitanza.
Labrareis un Hospital
para los pobres, que pasan,
y una bobeda hay en ella
que sé que á mi Jardin pasa,
por aì, hermoso Adonis,
tendrán descanso mis ansias,
y los dos nos hablarémos.
Y advierte, de que te aguarda
gran castigo, sino haces
lo que una Princesa manda,
porque hablandole á mi Padre,
haré como apasionada.
No huvo bien rompido el dia,
quando Don Francisco estaba
en el patio de Palacio
con presunciones muy varias.
Vido llegar á un criado,
un bolsillo le entregaba,
y una carta, y le suplica,
que del Palacio se salga;
y abriendo el papel, leyò,
y del caso se admiraba.

A la Española se viste,
y luego al Principe habla,
diciendo, que el Padre Santo
por penitencia le daba
el que fuese hospitalero,
y que asi le suplicaba
le vendiese aquella Hermita,
que la palabra le daba
de fundar un Hospital,
que es obra, que á Dios agrada.
Viendo el Principe su zelo,
y disposicion gallarda,
sin detencion se la diò,
y la obra comenzaba.
La Princesa en este tiempo
diligente le mandaba
cantidades de dinero,
para que adelante vaya.

Rematada ya la obra,
compuesta, y finalizada,
veinte y quatro camas puso
para los pobres, que pasan.
Todos le alaban el gusto,
viendo como exercitaba
el acto de la humildad,
por lograr lo que esperaba.
No pasò noche ninguna,
que al jardin no se baxaba
à hablar, y ver la Princesa,
donde amantes se gozaban.
Dexemos en este estado
esta historia en la sumaria,
y Pedro Navaro dice
quedará finalizada,
haciendo segunda parte,
perdonandole las faltas.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Oficina de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà todo genero de surtimiento, y Estampas en negro, è iluminadas.





LOS PRINCIPES *DE ITALIA*,

DON ENRIQUE, Y DON ESTEFANO.

SEGUNDA PARTE.

ENtre claveles, y rosas,
azuzenas, y narcisos
de violetas, y jazmines,
arrayanes, verdes myrtos
gozaba de los favores
de aquel Angel peregrino,
de aquel Serafin hermoso,
con alhagos, y cariños
en lazos del dulce amor
lances los mas exquisitos.
Una noche una criada
de quien se havia valido,
ò cansada, ò mal pagada,
al Principe le diò aviso
del error de la Princesa:
partiò al Jardin de improviso,
y entre unas yedras se oculta,
que servian de testigos.
Mirò, que muy tiernamente
se despidiò Don Francisco,
metiendose en la surtida,
quedò el Principe aturdido.
En aquellos ocho dias
no se diò por entendido,
y al fin deste tiempo busca
un ordinario vestido
de pobres, de aquestos, que oy
dan el nombre de mendigo.
Saliòse de la Ciudad
con gran cuydado, y sigilo,
quando ya el dorado Febo
se ocultaba à su retiro.
Llegò al Hospital, y llama,
saliò à abrirle Don Francisco,
dicien-

diciendo: Descanse hermano,
del cansancio del camino.
El Principe se acostò
encima del marmol frio
de la boca de la mina,
y con humildad, y cariño
el Hospitalero ruega,
fingiendose compasivo,
que vaya à una blanda cama.
A lo que el Principe ha dicho,
que hacía penitencia
de sus culpas, y delitos,
y que asi le perdonase,
que era preciso el cumplirlo.
Tocò el Relox à las doce,
y vino despavorido,
solicito, y cuydadoso,
trayendo encendido un cirio,
diciendo: Levante, hermano,
arrimese hacia un ladito,
dexe que baxe, que importa,
y aun al Principe le dixo
le ayude à quitar la losa,
obedeciòle propicio,
y dixo: Si gusta usted
(aunque yo me hallo indigno)
de que vaya en su compañía,
lo harè con cortés estilo,
le dice, toma esta hacha,
y siga, siga el camino.
Baxan por fin, al jardin,
donde la Princesa hizo
acostumbradas finezas
á su amante con cariños.
Mandò al pobre se quedase
retirado, y si ruido
oyese, le diese parte,
y acabado su delirio,
al Hospital se remiten.
Principe despedido,
confuso, y triste se parte
á su Palacio, y previno,
ciego de colera, y rabia,
el darles fuertes castigos,
y para la execucion
los prenden en un Castillo,
y à su primo Don Enrique
le contò lo sucedido,
y entre los dos concertaron
el que muriese, que es digno.
Hicieron un cadahalso
dentro del jardin florido.
Considere aqui el Lector
los clamores, los suspiros,
los llantos, angustias, penas
con que estaba Don Francisco,
cargado de duros hierros,
dentro en la prision metido.
Divulgò por la Ciudad
Don Estefano el castigo,
que executaba en su hija:
quién este suceso ha visto?
Llegò el dia señalado,
los remiten al suplicio,
muchos Principes se hallaban
los mas parientes, y amigos.
Salieron los dos amantes;
y Don Enrique, que ha visto
al Español, le tocò
en su corazon benigno
Dios, y diciendo: Detengan,
no se execute el castigo,
hasta saber de este hombre
de su vida los principios.
Decidme quien sois, decid,
en què Patria habeis nacido?
diò un suspiro, y pronunciò
aquel ya cardeno lirio:
Principe invicto al querer
mis sucesos referiros,

se

se me anuda la garganta,
y el corazon afligido
quiere salir de su centro,
temeroso del peligro,
pero ya que la licencia,
gran Señor, me has concedido,
antes de morir, pretendo
oygais fines, y principios
del termino de mi vida,
que os la explicaré sucinto.
Naci en la noble Sevilla
de linage esclarecido:
mi Padre no se quien fue,
aunque dice el pecho mio,
por el valor, que en si ostenta,
por lo heroyco, por lo altivo,
por lo afable, y lo piadoso,
lo generoso, y bien quisto,
que debia de ser Rey,
ò Principe, aquesto es fixo.
Fuime, gran Señor criando
con el cortesano estilo,
y doctrina, que requiere
sugeto tan bien nacido.
Lleguè à tener quince años,
sin poder tener indicios
quien fuese mi Padre, ò Madre,
que el cuydado, y el cariño
de una hermana que tenia,
siempre me ocultò lo dicho.
En este tiempo, Señor,
mi espiritu volativo
à ver el Mundo me arrastra,
y dueño de mi alvedrio,
sin reparar en los riesgos,
en que me veo metido
(que á veces la juventud
de pesares es motivo)
determinè el ausentarme
de mi Patria (gran delirio!)
Licencia pido à mi hermana:
su espiritu femenino
se compadeciò al oir
lo que habia prevenido.
No bastaron las promesas,
las lagrimas, y suspiros
á poderme persuadir,
que dexase mi designio.
Y viendo la finiquita,
me dixo: Hermano querido,
ya que el mundo vas á ver,
lo que te advierto, y te digo,
que en Italia està tu Padre,
sea esta prenda testigo,
busca su dueño, y verás
tus deseos bien cumplidos,
dióme este Toysón, Señor,
el que humilde te dedico.
Esta, Señor, es sumaria,
y de mi vida principio.
Don Enrique conociò
era su Toyson, y dixo
en altas voces: Ay Dios
este es mi querido hijo.
Primo no os acordais
de los pasados cariños
de las dos Damas tapadas?
Valedme, Cielos divinos!
Ven, hijo del corazon,
ven mi querido Francisco,
contadme, por vida vuestra,
què es esto, que ha sucedido!
Señor, ya que mi fortuna
à tu vista me ha traydo:
os digo, como salì
de Sevilla con designio,
ò voluntad de los Cielos,
de conocer quien principio
fue de mi origen, y Dios
asi me ha favorecido.

Si de la hermosa Princesa
favores he recibido,
ha sido industria de amor,
que el amor todo es arbitrios.
Si me hice hospitalero,
si echè galas, y vestidos,
si hice mucho bien à pobres,
de su motivo ha salido;
porque queriendo ampararme
su hermosura, ha permitido
bien pagada de su amor,
no de mi arte, ni brio,
mereciese ser su Dueño,
yo la culpa no he tenido.
Y ahora, Padre, y Señor,
aqui tienes à tu hijo,
dispon, manda, haz, y ordena
en lo que fueres servido.

Viendo ya Don Estefano
el que era su sobrino,
dispusieron transformar
en las bodas el castigo.
Huvo torneos, y cañas,
huvo festines distintos,
y con celebres aplausos
se desposaron los primos:
dexo al silencio las prendas
con que saliò Don Francisco,
casò con la hermosa Rosa,
quedaron agradecidos,
los dos Principes contentos.
Y por fin ahora suplico
al Auditorio perdone
lo rustico del estilo:
con que aqui Pedro Navarro
estos Romances ha escrito.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Oficina de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà todo genero de surtimiento, y Estampas en negro, è iluminadas.